

El alma humana

Pasado, presente y futuro.

Por [E. Armstrong](#)

Definiciones y conceptos

Alma es una palabra que procede de la cultura griega según la lingüística, y se traduce diferente del significado filosófico, ya que para el idioma se refiere a psiquis -lo que puede pensar o relativo al pensamiento-, según lo cual, ella es la esencia inmaterial que nos hace persona, como ser que puede actuar y pensar. Por otro lado, la tradición filosófica griega de épocas anteriores a la señalada definición, se refiere a ella como al soplo de vida, según lo cual planteaba que podían existir tres tipos de alma: la nutritiva (que mantienen los vegetales), la sensitiva (que tienen los animales) y la racional (que pertenecería a lo humano)

Originalmente, la cultura griega señaló que el alma moría con el cuerpo, lo que luego cambia con Platón, quien la replantea como la unidad separada que forma parte del cuerpo humano y que sería inmortal, por lo que permanece viva después de la muerte, definiéndola por tres componentes: espíritu, razón y voluntad. Sin embargo, en paralelo vemos un cambio trascendente que pareciera provenir de las anteriores culturas del Oriente Medio y no de la Grecia clásica, estableciendo una nueva forma de ver la vida humana al indicar su posibilidad de trascender a la materia y la muerte. Con lo cual se planteaba otro gran avance respecto de Aristóteles, para quien el alma se refería a la vida psíquica, como la capacidad de pensar racionalmente, según lo cual, para él, estaba determinada por dos áreas opuestas de las ideas relativas al comportamiento, la irracional y la racional.

Lo más interesante del aporte griego fue que establecieron los albores de lo que luego llamaríamos la conciencia, al relacionar o establecer en el alma y como características intrínsecas a ella, a la relación del ser con las virtudes: la sabiduría como reflejo de la potencia racional; la disciplina como reflejo del control sobre la voluntad; y la templanza como reflejo de la incorruptibilidad ante la fuerza desordenada e impulsiva de los deseos o pasiones. En consecuencia, ellos hablaban de una necesidad existencial de la persona por buscar como mantener el equilibrio vital de su alma, para así evitar su deterioro con la consecuente reducción de sus facultades, en cuyo caso señalaban que se afectaba no solo la racionalidad, si no también a la condición natural de la personalidad en cuanto a su capacidad para utilizar sus facultades o expresarse.

El pensamiento de los griegos no es un asunto del pasado, ya que su influencia sobre las posteriores y actuales corrientes filosóficas y teológicas ha sido innegable, especialmente en el campo de la moral, y muy fuertemente en el posterior desarrollo del pensamiento occidental. Por otro lado, no tenemos registros sobre los centros del desarrollo del pensamiento que son previos al período llamado Clásico o Greco-Romano, los cuales posiblemente se encontraban establecidos geográficamente en Oriente Medio, bajo valiosas escuelas del pensamiento con vidas dedicadas a la búsqueda de la sabiduría y el conocimiento de la existencia, como a comprender los procesos y medios que permitieran ayudar a mejorar la calidad de la vida humana, apreciándola como se merece. Una tarea heroica, estoica y noble, pero con un resultado previsible y trágico, el cual no por ello los justificó de excluirse del esfuerzo que hoy podemos apreciar en disciplinas espirituales y religiones radicadas muchas veces en lugares tan alejados como la alta montaña en Oriente o el interior de las arenas del desierto en el Medio Oriente. Los caminos de las grandes verdades universales parecen destinados a converger.

El alma ¿es libre o está inserta en una realidad dual?

Desde la perspectiva actual, es posible notar que las características asignadas al alma en los períodos previos al cristiano AC, principalmente se refieren a las facultades espirituales que ayudan a alcanzar una mayor sabiduría -o su opuesto-, desde el punto de vista de sus efectos sobre la calidad de la vida humana. En esta etapa primaria no hay distinción mayor entre lo mental, lo intangible y lo

espiritual, por lo que cuando se refieren a la palabra alma, lo hacen en un contexto que implica el valor del pensamiento más elevado, moral o consciente. Para este período ya se posiciona a la conciencia en estrecha relación con el alma humana, lo cual se refiere a lo que hoy llamaríamos *güestalt*, darse cuenta, o en palabras simples: la capacidad de discernimiento racional. Según lo anterior, para ellos la naturaleza humana obedecía a una realidad vista como dual, de cuerpo y mente, lo tangible y lo intangible, lo racional y lo irracional, el bien y el mal, estableciendo su causa o finalidad en la búsqueda de la paz interior, la cual se esperaba obtener en función de atender a la conducta moral por medio de la búsqueda de la templanza, la fortaleza, la justicia y la prudencia. Estos razonamientos ya implicaban un ser humano que se construye o destruye a sí mismo, en consecuencia a la vida o forma de vida que ha elegido llevar. En acuerdo a esto, el alma humana era vista como el resultado de lo que el ser hubiera causado sobre sí mismo, como un reflejo de lo que su voluntad le ha permitido, y cuyas consecuencias determinan su calidad moral tanto como al grado de felicidad que puede alcanzar en tal condición.

Finalmente, quisiera aclarar que hasta aquí nadie habla de amor, para los griegos este concepto estaba ligado a la belleza estética o deseable, dentro de la cual estaban las formas y los ideales, donde lo inalcanzable también podía ser digno del mayor aprecio. Para esta cultura el amor estaba ligado a la verdad y no a los afectos, señalando otro punto interesante y de gran influencia posterior para nuestra civilización, ya que mostraban a la verdad como una meta o ideal inalcanzable y fundamental, para, de este modo, poder establecer una guía de la conducta moral que los llevara hacia la sabiduría. Con lo cual, los afectos permanecían rebajados a simples expresiones de necesidades sociales por conveniencia o a expresiones vulgares, placenteras y atractivas, destinadas a satisfacer los impulsos pasionales con la misma altura que significaba disfrutar una comida, el baño, o las necesidades de servicios.

Como está planteado en el ensayo sobre el origen y evolución de la conciencia, titulado [Historia de un Amor](#), el Amor como sujeto que es presencia para restablecer la comunión entre las personas, aparece recién hace 2000 años en la historia, en medio de la cultura romana, la cual ya había absorbido e incorporado a la griega en su filosofía. Por esto es que el concepto de alma para el cristianismo integró por un lado a la filosofía griega ya descrita y, por otro en paralelo, viene a establecer el alma como una creación de Dios ante cada persona, la que ocurre al

momento de la concepción, y que define la esencia del ser espiritual. Y este es un buen punto de partida que nos permitirá profundizar en algunos de los significados actuales del alma.

El alma es la esencia de la condición del espíritu, la unidad que constituye tanto a su fuente de vida como el medio para el encuentro con la finalidad de su vida. El espíritu es el ser inmaterial que vive en nosotros, cuya identidad es la nuestra y que está determinada por la condición de su alma. El alma humana originalmente es igual para todos ya en su primer instante, sin embargo, en su segundo instante ella se funde con las tendencias genéticas del padre y la madre del ser, quien ya pasa a constituirse como una persona única e irrepetible. Luego, en la medida que vivimos, vamos ejerciendo nuestra libertad por medio de la voluntad, con lo cual vamos reformando o transformando el alma en acuerdo a lo que cause su crecimiento o reducción; por lo tanto, al menos en este aspecto, mantenemos una sintonía con las ideas griegas, ya que aceptamos que con nuestro comportamiento estamos permanentemente afectando la propia conciencia y a nuestra capacidad de discernimiento.

Pero hay mas, porque cuando establecemos una relación directa entre el alma y el Amor, encontramos consecuencias que lo cambian casi todo, accediendo a facultades superiores que ahora nos pueden introducir a una realidad que no solo es trascendente, si no que atemporal, infinita e ilimitada. De este modo fue posible llegar a determinar que en el alma humana es donde se encuentra establecido el Amor, el mismo que podemos entregar o dar a voluntad y que se distancia de los afectos, ya que no exige reciprocidad ni establece condición alguna, aparte de su total gratuidad para buscar un bienestar ajeno, o la reducción de un sufrimiento, o evitar un mayor padecimiento a otro ser. Luego, si en el alma humana encontramos al Amor, en consecuencia, cuando amamos de verdad, disponemos de la facultad y responsabilidad de estar mostrando el rostro de Dios a quien necesita. No se trata de meras palabras, tampoco de un hecho conceptual, o de una idea, ni de una metáfora, hablamos de acceder naturalmente a una siempre nueva forma de relación vinculante entre personas, cuando por medio de lo que el alma nos faculta, podemos dar a quien mas lo necesita, ser presencia, con lo que pasamos a ser otros humildes embajadores del Amor. En este aspecto, es vital considerar que Amar es un acto que no se refiere a dar buenas intenciones, palabras de apoyo, gestos u oraciones, si no que además y explícitamente lo que necesita el otro; es actuar en función del necesitado, del que pide y no del parecer de quien concurre a ayudar.

Amar no es dar lo que nos parece mejor o nuestra preferencia, es dar lo que se pide para cubrir la necesidad presente de otra persona, y no una propia, como la de actuar mas generosamente o amablemente. Amar no se trata de ser bondadoso o dadivoso, es mucho mas, es diferente, es mas difícil, no es gratis y mantiene un costo alto o sacrificio.

El Amor no es un medio que se puede manipular a preferencia, es un fin en si mismo a diferencia de los afectos que son objeto o medios para obtener algo, o, al menos, reciprocidad. No se trata de establecer cual es mas o menos, los afectos y el Amor son diferentes y no comparables; unos son valiosos medios necesarios como objetos, pero el otro es sujeto, un fin en si mismo. Es importante tenerlo en cuenta, ya que ambos son recursos principales puestos a disposición de nuestra voluntad. En otras palabras, al dar afecto esperamos recibirlo al ser correspondidos, en cambio, al dar Amor nos damos como persona y, en consecuencia, desencadenamos el proceso mas grande de la creación, en el cual nos transferimos y, de paso, a Dios que se encuentra en nosotros, presente en nuestro Amor. Por lo tanto, ante este proceso podemos apreciar que el Amor nunca fue realmente nuestro ni una posesión, ya que es una potencia y facultad sobre la cual somos sus administradores, o un medio para que pueda el Amor expresarse como presencia viva por intermedio nuestro, en un proceso con el cual nos mostramos como somos: los hijos del Amor.

Un punto importante es tener en cuenta que el Amor no necesita al ser humano, en este proceso tampoco se trata de Su necesidad de hacerse presente por medio nuestro. Aquí se trata de Amor, de un acto mediante el cual se busca compartir y compartirnos, integrarnos y ser comunidad en la comunión que el Amor ha establecido para nosotros y por nosotros. En este espacio tiempo temporal, la causa de la presencia del Amor somos nosotros, en esta vida somos Su medio y Su fin. Todo parece existir y estar destinado para nuestro servicio, y el mayor servicio al que tendremos acceso, es el poder de servir a la causa del Amor. El alma, por lo tanto, no se trata de otro órgano o función mas para la persona, es su esencia en todos los sentidos.

Otro aspecto relevante que quisiera no dejar en el olvido, es el efecto transferencia que conlleva el Amor, el cual parece vital de comprender, ya que permite sumar las historias o registros de las vidas personales para llevarlos al nivel comunitario; con lo cual se hace propio lo ajeno, transformando la acostumbrada percepción de individualismo que mantenemos psicológicamente en otra condición que es muy

diferente, donde los recuerdos o la memoria pasan a formar parte de un conocimiento comunitario. De este modo, las diferencias que pueden determinar la individualidad de cada ser, finalmente se establecen en virtud del Amor que se hubiera reconocido, aceptado y vivido en la vida de cada persona. Según esta tesis, los actos de Amor son los que finalmente determinarán la identidad individual de cada persona y todo lo demás pasará, llegando a constituir una ínfima parte del inventario de un conocimiento colectivo. Tema abordado en el cuento infantil [Reloj Inteligente](#), y en [Los pilares de la felicidad](#). ¿Muy raro? Veámoslo a continuación desde otro punto de vista, el de la conciencia.

Para los griegos la conciencia se refería como para la filosofía y actual psicología, a la unidad mental que permite al pensamiento darse cuenta de la realidad inmediata y sus acontecimientos, lo que han llamado la capacidad racional o mental de discernir, distinguir, separar, discriminar, o elegir. Pero el cristianismo viene a plantear un cambio y diferencia sustantiva, ya que no ubica a la conciencia en el pensamiento racional permitido por el cerebro, y la sitúa en el alma, con lo cual el pensamiento racional pasa a verse como el medio facultado para comunicarse e interpretar lo que también escucha de su conciencia; la cual, por pertenecer a una dimensión espiritual, permite que el pensamiento opere como un puente interdimensional, facilitando el diálogo entre la persona y quienes viven como espíritus.

La conciencia cristiana es la unidad que resguarda a la persona en su esencia, su alma, y, en consecuencia, a lo principal: la capacidad de Amar de cada ser. La voz de la conciencia que escuchamos en los pensamientos obedece a la de inteligencias que participan activamente de nuestra vida, y este mismo canal de comunicaciones le permite a la persona comunicarse con la realidad espiritual, sea por medio del diálogo, del pensamiento, de la oración, de la visión interna, de la invocación, los sueños -no todos-, o de la forma que estime mas oportuna.

Pero a diferencia de lo que nos dicen las otras fuentes del conocimiento filosófico, el cristianismo plantea la realidad de una conciencia comunitaria que avanza en el tiempo, y la cual se nutre del Amor que se expresan mutuamente los seres que la cohabitan. El cuerpo humano es la unidad formada por partes materiales, mentales y espirituales, donde el pensamiento actúa como enlace entre ambas dimensiones, la física de la materia y la espiritual. El concepto de física se refiere a la relación entre las estructuras que forman una realidad, sea esta material o inmaterial,

porque ambas obedecen a leyes consecuentes y lógicas que permiten prever o conocer aspectos de su mecánica, también en virtud de sus efectos ante lo que no vemos. Esto es importante de comprender, ya que el Amor no es una abstracción ni el resultado de una idea o concepto, es sustancia integral y, por lo tanto, es posible apreciar sus efectos y manifestaciones en acuerdo a un orden lógico y establecido. Las ideas en cambio, en ocasiones, son susceptibles de obedecer a un desorden, pero lo que es sustancial, como lo es un ser o una persona, se comporta diferente y obedece a una realidad de propiedades físicas propias de su naturaleza, lo cual nos permite observar una consecuencia en el comportamiento, facilitando prever resultados y garantizar consecuencias lógicas o probables en lo que se afecta.

La realidad del Amor se manifiesta unida a la del ser humano, como si fueran una, y, en consecuencia, las personas dependen del Amor, y este, para la persona, depende de su conciencia, y esta, del cuidado que le hubiéramos brindado. Según lo cual, el alma es el reflejo de nuestra condición espiritual determinada fundamentalmente por lo señalado. Por ello, en lenguaje griego o filosófico, perder el alma es perder la conciencia, cuando en lenguaje cristiano, perder el alma es perder la vida. En lenguaje existencial, perder el alma es perder a Dios, y por eso cada alma es tan importante; cuidar que no se pierda una ya es un éxito infinito y de valor eterno, por lo que realizar nuestro mayor esfuerzo colaborando en esta causa es mas que apreciado, es necesario.

Finalmente, respecto al planteamiento filosófico que muestra la vida como una realidad dual, donde se es en virtud de tener que elegir entre opciones contrapuestas, hoy nos parece una parcialidad muy alejada de la rica realidad que nos rodea. Entre los extremos, como lo son lo racional e irracional, el bien y el mal, lo perfecto y lo imperfecto, el ying y el yang, la verdad y la mentira, lo justo o injusto, etc., nos podemos encontrar también con una infinita gama de puntos intermedios. La libertad en la cual podemos expresar nuestra voluntad es completa, no es parcial y menos, dual o extrema; sin embargo, esta realidad protegida puede ser así de amplia gracias al Amor que hemos recibido.

¿Teologías opuestas? La dual & del Amor

Pero hay distorciones que debemos atender, ya que sin quererlo han causado daños que podemos terminar. El alma espiritual y el cuerpo material son uno,

ciertamente, ya que somos un ser integral e indivisible en esta vida temporal, pero la teología del pecado ofreció una visión dual de la conciencia, cuyo origen estaría en la fusión de una visión del judaísmo precristiano con la filosofía griega. En ella se establece una base moral que se explica para unos en base al bien o el mal, y para otros, a lo racional o irracional, pero ambas visiones muestran a la vida como una tensión entre extremos opuestos o antagónicos, entre los que la persona debe elegir. Esta tesis dual señala explícitamente que el pecado original implicaría una definida y consistente tendencia al mal o desorden del comportamiento, lo cual obedece a una concepción antojadiza y parcial, la que además contradice lo señalado por S. Agustín ya en el año 400, quien lo calificó acertadamente como un asunto de origen o causa que sería biológica. En cuanto a tal, él se refería a lo que actualmente consideramos como la multiplicidad de tendencias transmitidas por los genes paternos y maternos, recibidos al momento de la concepción. En otras palabras, el pecado original no es un castigo ni una perversión que nos haga inferiores, se trata de una condición natural, la cual simplemente establece las amplias tendencias positivas unas -cualidades- y negativas otras -defectos-, que mayormente presionan al pensamiento, influyendo a cada ser humano desde su mismo nacimiento; las mismas que luego, con su vida van modificándose o cambiando en acuerdo a lo que determina el comportamiento consecuente con la voluntad individual.

Por definición, la palabra pecado se refiere a lo que la voluntad ha permitido y que atenta contra nuestra felicidad, contra nuestra alma, contra nuestro Amor, y, en consecuencia, contra nuestra vida. Pecado original se refiere entonces a la parte de esas múltiples tendencias transmitidas biológicamente desde la misma concepción, las cuales pueden presionarnos, influir o empujar de alguna forma, hacia lo que puede ser causa de un daño para nuestra vida. Y como nadie vive solo, o en una isla, cuando nos causamos un daño lo causamos a otros.

El cristianismo es quien establece que el alma proviene de Dios y, por lo tanto, que ella es igualmente pura para todos los seres al momento de la concepción; luego de la cual, ella se influye por las tendencias heredadas de la personalidad y el carácter; para que luego, con el advenimiento de la autonomía de la razón, el alma pase a depender completamente de la libre voluntad personal. Sin embargo, en este proceso temporal la conciencia se ve igualmente afectada por una multiplicidad de aspectos positivos y negativos, los que son las consecuencias del comportamiento.

Si la vida no se trata de ser buenos o malos, pecadores o santos, racionales o irracionales, ¿podría tener un significado mayor? Lo veremos. Estamos de acuerdo en que no se trata de aparentar ser lo que no se es, se trata de vivirla participando; además, la gama de opciones ante cada realidad puntual que debemos enfrentar jamás será dual, porque es múltiple, ofreciéndonos una variedad de alternativas, causas, motivaciones, como decisiones posibles ante cada oportunidad de expresar nuestra voluntad.

El alma depende del ser y su condición del estado que la mantiene dependiente de las influencias que la misma persona le proporcione. Las tendencias genéticas importan ciertamente, pero de ninguna manera la definen, como tampoco la determinan ni limitan completamente. Las mayores influencias sobre un alma humana promedio, son las que derivan de los actos libres en los que expresa una voluntad, y aquí es donde la teología debiera centrarse, y no en base a prejuicios que parecen descalificar la conciencia y la voluntad, mostrándolas como dependientes de una supuesta mayor tendencia original hacia el mal, hacia el pecado, a lo irracional y lo autodestructivo. Una teología que centra la realidad humana en una condición original de pecadores con desproporcionadas tendencias al pecado, es una aberración, ya que centra la existencia del ser en una condición de culpabilidad por lo que se es y no por lo que se hace; además, es una abierta contradicción teológica plantear una visión tan sesgada y unilateral como si fuera lo natural para las múltiples motivaciones humanas, relegando las facultades de actuar por libre voluntad hacia el propio bien a un estado tan irracional como de verdadera incompetencia. El alma humana ciertamente no es 100% pura, pero tampoco es 100% impura, por lo que descalificar a priori su condición, antes de que el ser haga uso de su tiempo, de sus libertades y su plena voluntad, es un prejuicio que descalifica a la conciencia y la voluntad, reduciendo al ser humano a miembro de un simple rebaño de animales irracionales, impedidos de acceder a las facultades que en su alma le han sido dispuestas para que pueda llegar a reconocer el Amor, a su propia esencia natural.

La teología del futuro debiera traer cambios y presentarse diferente, al centrarse en lo positivo y su única razón de ser: el Amor. Pero no más en el pecado; en la libertad y no más en el condicionamiento; en el poder de la voluntad y no más en el de la opresión; en la gracia que libera y no más en la desgracia limitante; en el perdón y la reconciliación, y no más en el temor al castigo; en el reencuentro

siempre accesible y posible, pero no mas en lo que causa lejanía y crea distancias con nuestra propia identidad.

El alma, su conciencia y el Amor, son la esencia de cada espíritu humano. Podemos afectar el alma en virtud de la libertad, en acuerdo al sentido que tengan las formas de nuestras acciones y comportamientos, por lo tanto, lo esencial es ayudar a un mayor autoconocimiento para hacer posible reconocer la infinita amplitud de oportunidades que el Amor significa para la vida y la felicidad humana.

El conocimiento y el alma

El conocimiento es un aporte necesario, pero también es parcial y estático para una dinámica de la inteligencia que se desenvuelve ante situaciones y medios multivariantes en permanente cambio. En nuestra realidad temporal y material puede operar bastante bien como un medio principal que ayuda a la inteligencia, pero en un medio espiritual es insuficiente, por lo que la inteligencia trabaja de otra forma, la cual permite atender o responder a realidades dinámicas y multivariantes, en cambio permanente, y las que obedecen a realidades multidimensionales. El conocimiento adquirido, por lo tanto, pasa a segundo plano en este proceso, ante la posibilidad de acceder a una fuente de conocimiento adscrito, al estar formado por la manifestación de múltiples inteligencias que operan como una, que es accesible desde cada ser. En otras palabras, la inteligencia del alma humana es la que perdura, mientras que la racional o cerebral pasará a ser un recuerdo, memoria de lo limitado y que en la atemporalidad estará fuera de lugar.

Es interesante notar que en nuestra vida temporal coexistimos con la realidad atemporal o espiritual, ya que somos un ser que pertenece a dos dimensiones, según lo cual, mantenemos el acceso a ambas dimensiones. Pero nuestra mayor dificultad radica en que estamos insertos en una dimensión material (mental) la que viviendo nos permite introducirnos muy gradualmente en la otra, ante la actual percepción de distancia por nuestro desconocimiento sobre los medios de acceso que todos disponemos en nuestro interior. Por esto hablamos de reconocer la dimensión espiritual y no de adquirirla, de practicarla y no de estudiarla, como de considerarla parte nuestra e integral para llegar a comprender mas plenamente su naturaleza en una existencia a la cual también pertenecemos.

El conocimiento espiritual se refiere a nuestra propia y personal realidad, alcanzando conciencia de ella viviendo lo que poseemos, pero que poco o nada utilizamos. No se trata de despreciar el conocimiento adquirido por las vías formales o la lectura, si no de considerar además la posibilidad de practicar una sana disciplina espiritual que facilite nuestro acceso a su mayor comprensión. Somos mucho mas de lo que parecemos, por lo que darnos cuenta de ello antes de liberarnos del cuerpo es una forma de potenciar nuestras actuales habilidades, especialmente al sentirnos mas conscientes de lo que está a nuestra disposición.

Pero en la realidad trascendente o principal, lo que hacen los seres es lo que interesa prioritariamente, porque la vida está centrada en el hacer mas que en el pensar; ya que, al pensamiento se lo reconoce como un medio cuya finalidad es lo vital, lograda a través de reconocer la necesidad de una participación e integración social comunitaria. Para la inteligencia de cada persona la conciencia es un potente y esencial medio adicional al racional y, aunque sus fuentes de información sean múltiples, sus procesos y opciones son tan previsibles como su finalidad en el hacer, sirviéndonos como el apoyo vital ante lo que puede influir la voluntad presente o futura.

Los desafíos nos ayudan a adquirir seguridades, cultivando la disciplina del esfuerzo con perseverancia para intentar obtener los esperados logros, sin embargo, la vida puede ofrecer mucho mas que las apetecidas satisfacciones temporales, por lo que darle un sentido superior a los mayores desafíos que emprendemos ayuda a reencontrar la paz que tanto parece demandar el alma humana.

En otro aspecto, exponernos al sufrimiento nos abre a la empatía, a ponernos en el lugar de tantos que antes quizás despreciamos, criticamos, o que nos eran indiferentes. Comprender al prójimo nos despierta a la voluntad de la reciprocidad y al agradecimiento, también nos hace mansos, ya que reduce la altanería tan propia de quien se siente empoderado, superior, o momentáneamente seguro de si por sus temporales recursos. Cuando el sufrimiento entra en una vida destruye el egocentrismo y lo reduce a polvo, a menos que un recuerdo, lo cual nos permite finalmente levantar la mirada para reconocer a quien hemos tenido a nuestro lado, llegando a valorarlo como nunca antes.

El sufrimiento puede ser extremadamente beneficioso y productivo cuando lo aprovechamos dándole un sentido positivo o constructivo, pero cuando este es trascendente, vemos como se potencian las habilidades de quienes logran sobreponerse a su propia realidad por alcanzar un bien superior, ya que el mayor bien superior es uno: vivir el Amor. Quizás, por lo anteriormente señalado es que el acceso al conocimiento superior que podemos encontrar en la inteligencia del alma humana esta predeterminado por lo que pocos creen y menos aceptan, el vacío. En Los Evangelios se alude a este humilde método, con una traducción que señala la palabra dejar, o abandonarlo todo, lo cual seguramente se refería a la necesidad de desprenderse de todo para permitir abrirnos a un estado de conciencia que permita la transferencia del conocimiento superior, el cual no se puede adquirir, ya que se recibe -es adscrito-. Cuesta aceptar que para obtener necesitamos dejar de confiar en nuestras mas preciadas posesiones obtenidas, pero la parcialidad no parece bienvenida en la realidad de una existencia integral. Volveremos sobre este tema mas adelante.

El camino señalado por el alma

El camino del alma humana es el del Amor que ella demuestra, guiados por su voz, la que reconocemos ante cada pensamiento que pueda involucrar la voluntad, por esto llamamos conciencia a la luz que ilumina el camino de nuestra libertad. Desde el punto de vista del alma, el Amor es encuentro y no un bien adquirido, es adscrito al ser presencia por Gracia y no por la voluntad humana; el Amor que está presente en cada alma, forma parte de ella y es su esencia, su razón de ser, su mayor inteligencia, su origen, su medio y su fin.

El camino del Amor está escrito y vive en el alma, sin perturbar ni presionar propone, siempre en función de resguardar y guiar hacia la mayor libertad y felicidad. Por lo tanto, el alma es la esencia del ser humano y el medio que le permite establecer su mas cercano vínculo con el Amor y la realidad de quienes adhieren a Su propuesta existencial.

El espíritu es lo que representa la forma del ser que habita en la dimensión inmaterial, y su apariencia es la que determina la visión del otro, según lo cual, se le reconoce, ve o aprecia, como una identidad establecida en función de su significado para el otro ser. No ocurre lo mismo en la realidad material o temporal

que nos rodea, donde nos identificamos al vernos a nosotros mismos -o al menos eso creemos-, pero tampoco es un hecho tan distante, ya que lo que creemos ver aquí en los demás, son simples interpretaciones mentales de formas de luz que podemos captar con los ojos, y la imagen de quienes llevamos guardada en nuestra memoria es la que para cada cual mejor interpreta su aspecto, en función del significado mas que cualquier otra causa supuestamente mas objetiva. Así, la imagen o forma exterior con que diversas personas perciben mentalmente o recuerdan a una misma persona, también aquí puede ser muy variada, tanto en su aspecto, edad, como en su significado.

El alma es la esencia de nuestro ser espiritual, representa su naturaleza y cualidades fundamentales que lo identifican como lo que es. El ser espiritual es persona y una integridad, en la cual nos reconocemos desde que nos vemos liberados al poder abandonar naturalmente el cuerpo temporal que nos ha cobijado. El ser humano es como la crisálida que se libera del capullo que la cobijó y protegió temporalmente; en sus diversos estados ella se reconoce y ve en su presente; por esto ella se identifica de inmediato con su ser ya liberado para dirigirse hacia la luz, como si en su interior estuviera escrito que en la luz es donde podrá reencontrarse con los suyos que previamente llegaron a su destino, y que ahora la esperan.

El alma también dispone de la inteligencia espiritual del ser humano, lo que implica otro aspecto trascendente y maravilloso, ya que así como en nuestra temporalidad disponemos de la razón y la conciencia, en la atemporalidad el alma representa una inteligencia conciente de la inteligencia del Amor, la que cuando lo permitimos nos permite actuar en acuerdo con la inteligencia de Dios antes que con la propia. El alma, por lo tanto, en sus aspectos cognitivos mantiene una situación bastante similar a la que percibimos en nuestra actual inteligencia, en que disponemos de una identidad por medio de una unidad inteligente que piensa y, por su intermedio, accedemos a la inteligencia del Amor o comunitaria. Discernir en la realidad temporal como en la atemporal se refiere a distinguir y elegir entre actuar libremente por la inteligencia propia o por la del Amor, en su eterna asistencia establecida para cada ser. ¿Para qué? Porque vivir tiene costos, actuar mantiene riesgos, y una de las grandes bellezas de la vida es la de pensar, apreciando el valor de lo inteligible en todo lo que nos rodea. No estamos solos, nunca lo estuvimos y nunca lo estaremos, ya que en el alma encontramos a Dios con nosotros y para nosotros. Esto es un asunto de naturaleza y no de la voluntad, por lo cual negarlo o desconocerlo no cambia nuestra realidad natural.

Nuestra identidad espiritual está determinada por el alma y no por algo más, es con ella o en ella, que nos identificamos como seres y como la persona que somos. El alma es la viva esencia de nuestra naturaleza, de lo que hemos sido, somos y seremos, de nuestras mayores capacidades, facultades y habilidades, ella es el motor de nuestra inteligencia, la esencia del ser y lo que nos permite acceder a lo único esencial para nuestra vida, el Amor.

Pero el camino del alma nunca fue único, ni el mismo para todos los seres, tampoco depende únicamente de una Voluntad -como la del Amor-, ya que también y principalmente depende de la voluntad libre de cada ser. Por esto podemos decir que el camino de las almas es el del Amor que lo ha delegado todo en cada persona, individualmente, como un medio para co crear nueva vida por medio de nuevas vidas, todo lo cual depende del grado de aceptación que encuentre en cada ser. De ese modo, la respuesta vivida por cada ser humano determina si el sueño mas grande jamás visto se hará una realidad cercana o distante a como fue previsto. Nuestra responsabilidad es tan grande, que para aliviar esta pesada carga el mismo Amor ha limitado los alcances de la conciencia humana en un acto de Amor sin precedentes, mediante el cual permite que su creación pueda darle la espalda causando el mayor sufrimiento, el de la Cruz: el de la indiferencia recibida de quien se Ama.

Los caminos del alma nos conducen a la fusión que nos integra plenamente con el Amor y por eso señalamos antes que el destino de cada alma humana está en el Amor que lleva dentro de si. Pero el Amor no es asunto de cantidad porque es íntegro e indivisible, por lo que en acuerdo a uno de sus principios, el del todo por la parte, aceptarlo es poseerlo, es un todo, es el todo. Porque para el Amor todos somos hijos igualmente queridos, y no reconoce seres preferidos, pero de haberlos, son los que se han alejado de su benigna influencia, quienes aún no comprenden lo que han tenido, ni lo que tienen, ni lo que tendrán cuando acepten que si es posible reconocerse y reconciliarse con lo que son: seres de Amor. A nadie le hace falta una parcialidad cuando se tiene todo y conciencia del todo; pero quien todo lo tuvo y lo rechazó por obtener una parcialidad, vive el vacío causado por el sin sentido de su propia decisión. Esto no se trata simplemente de pecados o faltas, si no de padecimientos, carencias, sufrimientos y lo que sea causa de limitaciones ajenas a la voluntad de los seres.

El Amor es la determinación mas completa y final de un ser en favor de otro ser, y por eso, en este aspecto es como entregar el alma, lo que ella representa, porque en el acto de dar, se trasfiere al Amor que lleva dentro. El alma es la mayor fuente de estabilidad emocional y seguridad intelectual a nuestro alcance, pero depende de nosotros protegerla o descuidarla; y mientras esto acontece, y aún en medio de la adversidad que podamos causar, el Amor siempre permanece fiel junto a nosotros. Su actitud se parece a la flor que a todos ve pasar a su lado con indiferencia, pero que nunca pierde su esperanza de encontrarse con una simple, breve y humilde mirada, la cual, quizás, al fin encuentre el instante que le permita ser reconocida como lo que es: la incomparable belleza que puede transformar al momento efímero en un instante de valor eterno. El Amor de un alma no se trata de cuanto, si no de todo o nada; no se trata del tiempo, si no del valor del instante; no se trata de perdón ni de compasión, si no del Amor que se lleva dentro esperando por nuestra atención. No hay recetas, pero si la hubiera sería mas o menos así: vive como realmente lo creas mejor; confía en esa voz interior que te habla desde el corazón llamándote por tu nombre; se prudente, especialmente frente a lo que motiva tus emociones, ya que ellas son el prelude de tus pasiones, fuerzas que pueden ser extremadamente constructivas como destructivas; asumir riesgos es una virtud, pero arriesgar donde no habrá responsabilidad es una desgracia; donde encuentres oscuridad no te aproveches ni critiques, enciende una luz (ST de C.)

El alma en Los Evangelios

Finalmente, no puedo dejar de señalar que el alma en Los Evangelios se plantea por Cristo como la esencia de la vida, lo mas valioso, lo que no podemos descuidar, estableciendo según sus palabras que también es posible perderla. Pero el contexto, el tiempo y el lugar, como la capacidad de comprensión de su audiencia, hace pensar que se refería probablemente a lo que hoy llamamos conciencia, lo cual coincide con el pensamiento de la cultura dominante de Su época, la Greco-Romana. Un ser sin conciencia deja de ser, permitiendo su transformación en un ente, un ser vivo sin conciencia, y en este caso, por haberla perdido. Aprovecho de aclarar que ánima se refiere a alma como sinónimo de principio de vida, y ánima en pena alude a un alma perdida que no puede o se niega a aceptar la realidad de su actual condición, refugiándose en un perpetuo lamento. Ente, por lo tanto es un genérico de ser; se refiere a aquello que existe y cuya presencia mantiene

características que le son propias, pero al no tener alma su ánimo puede ser precario, displicente o ausente de interés por quienes la poseen.

Como está planteado en las líneas anteriores, el alma es mucho más que la vida con una conciencia, y este radical cambio evolutivo ocurre cuando el Amor se desprende de Su vida por Amor a nosotros, permitiendo que definitivamente se pueda establecer para permanecer dentro de cada alma y vivir con cada uno de nosotros. La muerte del Amor nos abre a la vida del Amor, y ahora podemos ser uno en cada encuentro que ocurre entre la voluntad y el Amor, el mismo que ahora podemos reconocer en cada alma humana. Realidad que otorga un peso infinito y sentido eterno a las palabras de Cristo, porque gracias a Su Amor ahora el alma es nuestra vida, permitiéndonos acudir al encuentro de las almas que se sienten crucificadas a circunstancias lamentables y que ahora podemos socorrer al darnos cuenta de su dura realidad, lo que ocurre al adquirir conciencia de sus padecimientos. La Cruz es nuestra puerta al Amor; el Amor es nuestra puerta a la vida; y la vida, es nuestra puerta a la felicidad que la Paz del Amor puede entregarnos.

La Cruz nos demuestra al mayor Amor crucificado, clavado, impedido, y que se permite sufrir más allá de los límites razonables por una causa, que quien la descubra, llorará; porque si en una Cruz nos encontramos con el espíritu del Amor, en el Amor siempre encontraremos una Cruz, la cual desde ahora la haremos nuestra, por Amor.

La Cruz nos habla y se hace visible, tal como el alma nos habla por medio del lenguaje, aunque también nos permite acceder a ella por medio de otras formas de comunicación no lingüísticas, como la visual. Sin embargo, abrirnos a ver con los ojos del alma es el paso final de un largo camino de disciplina y esfuerzos en ese sentido, y del que nadie desea regresar; ya que las velocidades y potencias de lo que es posible observar, superan infinitamente a las capacidades de la razón y pueden ser su mejor complemento y guía en esta vida. Ver con el alma tiene un sentido trascendente, lo cual notamos en que nos abre a participar compartiéndonos en el Amor que ella ofrece, y con Su mismo fin.

Otra consideración natural que debiéramos agradecer, es que el acceso al alma no exige ni se refiere a disponer de plena conciencia, ya que ella no está ni estará al alcance de las creaturas porque no es posible resistir su peso o soportar tal nivel de

carga. Especialmente cuando la simple conciencia ya es una pesada carga para quienes aceptan sus responsabilidades, mas, no es ni será necesario, ni posible.

El alma nunca dejará de enseñarnos, porque en ella nos reencontramos:

- No todas las lecciones pueden enseñarse, muchas hay que vivirlas;
- No será posible adquirir todo el conocimiento, nunca fue necesario;
- No es nuestro destino ser perfectos, aunque si compasivos;
- Creando vida crecemos, construyendo nuestro destino;
- Trabajando ante la adversidad, nos reconocemos;
- Sufriendo morimos, pero aprendemos el valor de vivir;
- Amando con alegría renacemos, y es como nos definimos.

¿Es posible purgar el alma?

Desde el punto de vista de la facultad de cambiar su condición, es posible, ya que vivir implica construir vida o deteriorarla, por medio de los actos de voluntad; pero este proceso mantiene sus límites que le son inherentes, por lo cual, el cuánto sea posible o, hasta cuando, es un asunto delicado a considerar.

La idea de purgar sostiene que, en alguna medida, sería posible limpiar los pecados o errores cometidos que se arrastran con el alma. Pero purgar no es olvido, tampoco ofrece la posibilidad de reparar lo que pertenece al pasado de un alma que carga con su arrepentimiento, por lo que no es tan simple. Desprenderse es renunciar a lo que pueda llegar a ser causa de obstáculo para el objetivo propuesto. La idea es mantener una senda abierta y despejada, para que el transito por ella sea posible, en ambos sentidos, pero no es tan simple desprendernos de lo que hemos creado. En lo que a mis conocimientos respecta, compensar o pagar tal deuda no será posible y la vida del alma tampoco se trata de temores, culpas y pagos, se trata de Amor. Y en este sentido, lo único que puede curar un alma herida es el Amor, aceptar el Amor para vivirlo es lo único que puede sanarla, pero no es un asunto de pagos, compensaciones, castigos, o padecimientos para demostrar que hemos cambiado, es un asunto de volcarnos a vivir con Amor y, si lo conseguimos, lo demás se obtendrá por añadidura. Este es el sentido del arrepentimiento, el del perdón, el de la confesión como reconocimiento para los cristianos, todo se trata

de volver a vivir, de recuperar lo que sentimos haber perdido dentro de nosotros, de agradecer la nueva oportunidad que tenemos por delante.

Sin embargo hay una tradición que plantea al alma humana como si esta mantuviera una definida tendencia original y, posteriormente en vida, hacia lo ajeno al Amor. En acuerdo a esta tesis perversa, el estado de impureza del alma al momento de morir el cuerpo, exige aceptar un paso previo al del encuentro con la dimensión espiritual, por medio del cual el alma permanece temporalmente marginada hasta que el suficiente sufrimiento le permita purificarse. Según la misma tradición, el llamado purgatorio obedece a esta idea de un estado intermedio, temporal, y previo al definitivo que nos espera después de la muerte del cuerpo, cuyo destino sería permitir la limpieza del alma. Una tesis que solo sería viable teológicamente como acto voluntario, lo cual supone una conciencia sana; pero aún así, esta idea mantiene otros conflictos, como los siguientes:

-Avala la tesis de que la purificación permite al alma ser digna de Dios. El problema es que teológicamente reconocemos que nunca seremos dignos ni merecedores de lo que hemos recibido.

-Rebaja la condición del Amor a lo que puede cuantificarse, a lo que sería necesario o suficiente para llegar a ser un alma digna o aceptada en la eternidad; un supuesto que contradice frontalmente el postulado de la incondicionalidad, y el principio del todo por la parte (consecuencia de Su integridad e indivisibilidad), como también al dogma de que solo por la Gracia encontramos la Salvación y no por la eventual suficiencia de nuestros méritos (ya que estos también son posibles por Gracia)

-Desconoce que la pureza del alma es un estado, pero no una condición o exigencia, según lo cual, la verdadera pureza se obtiene como una de las múltiples consecuencias del Amor en una vida, pero nunca como el resultado de una transacción o negocio.

-Finalmente, sabiendo que el Amor no desconoce la realidad objetiva de cada existencia, y mejorarla progresivamente es Su permanente propuesta, el alma está destinada al Amor por lo que es, como un fin en si misma, y no por lo que podría llegar a ser; ergo, desde este punto de vista, el Amor es total, desde siempre y para siempre, y no depende ni está sujeto a la condición del alma. O sea, es el alma quien puede rechazar o aceptar al Amor, en la medida que lo estime su voluntad, pero no ocurre a la inversa, ya que el Amor es incondicional, perpetuo, y desde su mismo origen ya lo ha dado todo.

En los cuentos infantiles [Semillas](#) y [Todas las lágrimas llegan al Cielo](#) se aborda el tema de la muerte; y en [Los Pilares de la felicidad](#), como en [Renacer Ortodoxia y Doctrina](#), se encuentran desarrollos de lo que nos ocurre al morir.

El ser humano mantiene originalmente una completa tendencia hacia lo que ha sido su origen, el Amor; según lo cual, lo ajeno a su realidad no le es propio y es adquirido. Pretender lo contrario es ilógico e irreal, somos seres creados por Amor, predeterminados para vivir en el Amor, y lo demás es lo excepcional, según lo cual, darse cuenta es cuestión de voluntad y de tiempo, en la medida de que nuestra integridad no se vea afectada -como podría serlo dañar el alma-. Por lo mismo, si hay una tendencia natural marcada o mayor entre los seres humanos, es hacia el poder disfrutar de bienestar, paz y felicidad, siendo un probable -pero frecuente- trastorno buscar lo que daña o altera negativamente su condición de vida. Despertar los sentimientos originales y naturales que se encuentran en cada persona, como advertir oportunamente las prioridades naturales que la vida mantiene, son una necesidad social tan importante como resguardarlas de los intereses advenedizos.

Para terminar estas líneas, recordemos que el alma es nuestro depósito moral, en el sentido de que resguarda la consistencia ética de nuestras decisiones y comportamientos consecuentes. La identidad del ser es lo que le da su carácter de persona, conllevando una actitud mental consecuente y consistente sobre todo lo que emprende. La moral no es una teoría, ni un ideal, ella representa el sentido de la determinación que implica aceptar responsablemente los costos y consecuencias implícitas de nuestros actos de voluntad.

La idea de la vida humana no es andar reparando daños o buscando compensar lo ocurrido, es prevenir aquello que pueda afectarnos de cualquier forma negativa y proteger lo que nos facilita actuar en consecuencia con lo que nos conduce a una mayor paz y felicidad. La vida humana es una invitación a compartir en la paz y felicidad que solo el Amor puede entregarnos, el alma es la esencia de nuestro sentido de vivir por lo cual perder el sentido de lo que hacemos puede costarnos un precio mas allá de lo imaginado.

El problema de la vida temporal es que hay situaciones en las cuales nos cegamos ante la posibilidad de un beneficio inminente, y no vemos las consecuencias porque

no nos importan ni interesan, en ese momento; cegarse es anular la voz de la conciencia para que no estorbe a nuestros propósitos, y nos ocurre con mayor frecuencia de lo que creemos.

La capacidad de Amar que se posee es la de ser feliz, por lo cual, los asuntos del alma no son opcionales ni sujetos a conveniencias oportunistas, son una necesidad que demanda por nuestra permanente atención y estado de alerta. Cuidar el alma es cuidar la paz que podemos alcanzar, es cuidar nuestra felicidad presente y futura, es conservar la alegría de vivir sin el peso de mas remordimientos o la carga de nuestros arrepentimientos; pero cada decisión es personal, libre y voluntaria, en acuerdo a lo que está determinado por la misma naturaleza humana.

En el alma encontramos el reflejo del pasado, presente y futuro de quien la posee, contiene el registro de su vida, es su vida; pero hay mas, ella se muestra como la mas sensible prueba de la presencia del Amor en cada persona. En ella nos ha sido confiado lo mas valioso de la Existencia, y lo que nos permite reconocernos mutuamente. Pero si el Amor no duda porque cree en nosotros, ¿qué esperamos para creer en Él? Simplemente, una propuesta: es buscando como encontramos, no es diferente a lo que nos ocurre en las otras áreas de nuestra vida cotidiana.